

**La salvación
La tertulia
(dos cuentos)**

José Jiménez Lozano



Edición conmemorativa
de los 25 años de Anthropos Editorial

*Nuestro agradecimiento a José Jiménez Lozano
por su presencia y compañía*

La salvación

La salvación

—¿Vio usted anoche lo de la televisión? —preguntó doña María.

—No, no. Era lo de siempre; desgracias y desvergüenzas. Y la apagué.

—Tiene usted razón, pero lo de anoche no era lo de siempre; era diferente, y muy terrible.

Luego bajó la voz, y la dijo que más tarde hablarían; pero que acababa de ver que había entrado en el supermercadillo una muchacha joven que estaba empleada en la televisión. Era del barrio y conocía un poco a su familia, así que la iba a preguntar un par de cosas, y luego lo comentarían; porque era que lo de anoche era increíble, porque era una pobre mujer que estaba contando cómo se había suicidado un hijo suyo de doce años porque los compañeros del colegio le habían estado acosando y burlándose de él, y hasta martirizándole, y el muchacho se había ido acabando, acabando, acabando, porque, cuando se lo dijo a su madre y ésta había ido al colegio, allí no

la solucionaron nada, y él ya no se atrevía a ir, y un día de esos, apenas su madre que le acababa de poner el desayuno salió un momento de la cocina, se tiró por la ventana de ésta.

—¡Ya ve usted! ¿Es que hay derecho? ¿Es que hay leyes?

Y luego se separaron despacio como si cada una de ellas llevara una carga sobre su espalda, para dirigirse cada una de ellas a un compartimento de la estantería distinto, para volver a juntarse enseguida con una mercancía en la mano y darse consejos o interrogarse sobre la calidad de esa mercancía o sobre el precio, a lo que ellas llamaban *hacerse el menú*.

Doña María y ella se encontraban todas las mañanas al salir de misa, y luego se dirigían al supermercadillo, porque las dos era lo que habían hecho toda su vida; aunque ahora la mayor parte de los días no compraban nada, porque necesitaban muy poquita cosa, o sólo compraban alguna cosilla como una lechuga o una latilla, o unas tabletas de chocolate, porque las daba vergüenza no comprar nada, sobre todo los días que hacía mucho frío o mucho calor, o llovía e iban allí para protegerse contra todo eso, pero no querían dar esa sensación, sino que querían como pagar la acogida de algún modo; salvo alguna vez que entraban en una cafetería a tomarse un café con leche o un refresco de naranja: y si las sobraba el dinero para ello, lo harían todos los días. Nunca terminaban de contarse cosas, aunque hacía ya más de treinta años que se conocían, desde aquel día en el que se sentaron juntas, según el nú-

mero que las habían dado de asiento en el autobús, en la excursión que hicieron al Monasterio de Piedra.

Andaban ellas, entonces, por los cuarenta. Doña María trabajaba en un Ministerio o cosa así, y ella estaba de dependienta en una zapatería, como cajera. En ese viaje se hicieron amigas, y lo primero que averiguaron fue que las dos habían nacido en pueblos de la provincia de Soria, y en pueblos que ya no existían, y a los que ninguna de las dos había querido regresar, ni una vez siquiera, para ver los muñones que allí había dejado la destrucción, y sobre todo los cementerios muertos con cruces sobre las hierbas ya muy altas como de alguna gran cosecha de una mies muy estimada de la que aquellas cruces fueran espantapájaros, pero sobre las que precisamente se asentaban los pájaros, según las habían dicho sus familias, que a veces se acercaban por allí.

Y lo mejor había sido que, desde hacía un tiempo, vivían bastante cerca una de otra y, desde que se jubilaron, podían verse a diario a esa hora de la misa de nueve de la mañana, e ir luego al mercadillo, que quedaban a medio camino de sus casas, y visitarse cuando querían. Hasta la pequeña placita con árboles quedaba a esa misma distancia, y era otro punto de su encuentro, desde finales de la primavera hasta el comienzo del otoño, porque, además, tenía unos bancos antiguos de madera, con unos respaldos estupendos, casi de diseño para espaldas un poco averiadas como las suyas.

—No es que esta chica que la digo a usted tenga un alto cargo en la televisión donde está, pero ya sabe usted

que, muchas veces, en las casas saben más los criados que los señores de lo que pasa en ellas, y más las camareras de los hoteles que los dueños de éstos.

Y seguro era también que eso mismo pasaría en las televisiones y, por lo menos, ella no iba a aguantarse con el remusguillo y la pesadumbre que la habían quedado después de lo que había visto; porque a ella no la cabía en la cabeza que, habiendo una ley, pasara lo que estaba pasando por todas partes, y ahora hasta en los colegios y escuelas. Aunque ella, doña María, ya se lo había preguntado a don Antonio, que era magistrado, y al que había conocido desde siempre, desde que era una mozuela. ¿Y sabía ella lo que la había contestado?

—¡Qué sé yo!

—¡Pues que él tampoco sabía lo que estaba pasando!

Y explicó que todo era ahora como cuando un coche ya viejo no tiraba ya para adelante, y un día le pasaba una cosa y otro día otra, y no quería decir él que también como le ocurre a un hombre viejo, pero así eran las cosas. Como si el mundo hubiera envejecido y hubiera comenzado a tener alifafes, o ya ruinas del todo, y todos los alifafes y todas las ruinas a la vez.

—Con tantos inventos técnicos y tanta libertad, que siempre nos dicen que es el mundo nuevo, va usted, don Antonio, ¿y me quiere decir que ya es viejo?

Entonces él la contestó que precisamente por eso se sabía que el mundo estaba envejeciendo, y que sólo tenía que pensar en que los que necesitan aparatos técnicos son los que tienen ojos que no ven, oídos que no oyen,

y brazos o brazos artificiales porque han perdido los suyos, y carritos y sillas para los viejos y enfermos. Y, en cuanto a lo de la libertad, ocurría otro tanto y lo mismo, porque, si lo pensaba bien, todo era como cuando un viejo de ochenta años le preguntaba al médico si podía comer esto o lo otro, o debía pasear o estarse quieto, y el médico le respondía que, a sus años, ya podía comer y hacer lo que le diera la gana, porque mucho mal no podría venirle de ello. ¡Para lo que iba a estar en este convento del mundo!

Y se sonrió doña María, y ella también lo hizo. Pero aquélla añadió, enseguida, que algo tenía que haber sucedido en el mundo, de todas maneras, y lo que ella quería saber era por qué ponían esas cosas en televisión, porque lo natural era que, si sucedían, un juez se hiciera enseguida cargo de ellas, y con ellas acabase; pero que también se lo había preguntado a don Antonio, ¿y sabía lo que la había contestado?

—¡Si pudiese, doña María; si pudiese!

Pero que lo había dicho con tanta melancolía que ella no se había atrevido a volver a preguntar por qué no iba a poder. Pero, ahora, esta muchacha que ella conocía, a lo mejor podía decirle algo. Así que se hicieron las encontradizas con ella, y no hubo que llamarla la atención, porque ella, la muchacha, en cuanto vio a doña María se acercó sonriente, y las saludó, dejando antes en su carrito de la compra dos latas de espárragos de la misma marca que ella no había escogido nunca y doña María llevaba en la mano. Y, en cuanto ésta hizo la presentación de su ami-

ga, y la preguntó por sus padres y su hermana, fue directamente al asunto.

Dijo:

—¿Y lo que pusieron anoche por la televisión, hija? Me refiero a lo del pobre chico que se tiró por la ventana de la cocina de su casa al patio interior.

La muchacha se puso a recordar, mientras doña María la iba dando detalles de la emisión y, cuando dio con ésta, contestó que no era una emisión de la televisión donde ella trabajaba, pero que no la extrañaba porque todas las televisiones hacían algo parecido, y precisamente a la cadena que había emitido esa historia, la gustaban mucho los *Reality Show*.

—¿Y qué es eso? —preguntó doña María.

Y su amiga se aventuró diciendo que a ella lo de *Chou* la sonaba a algo como de espectáculo de cabaret que salía a veces en la televisión, porque todo era cabaret, y peor.

—Pues por ahí, más o menos, van los tiros —contestó la muchacha—. ¿Se acuerdan ustedes de los novelones y dramones? Y se tienen que acordar, porque yo era entonces una mocosa, y me acuerdo haber oído hablar de ellos.

Y las dijo que, con que pensarán en aquellos dramones, entenderían muy bien cosas, porque lo que había pasado era que, como esos novelones costaban muy caros y parecía que ya no enganchaban tanto como al principio, las televisiones pensaron que era mejor, y sobre todo más barato, contar las cosas que pasaban de verdad bien arregladas y escenificadas por los mismos a los que les ha-

bían ocurrido esas cosas o las habían visto. Era mejor que las novelas, porque la gente veía que habían sucedido y conocía, además, a los protagonistas. Y la gente iba allí a contar sus penas, porque creía que solucionaba algo y se salvaba de su ahogo; o por dinero.

—Sí, sí. Claro que entiendo que no se tenga ya otra cosa que vender, a veces, que las penas —dijo doña María—. Y yo no digo que no las tuviéramos que vender nosotras mismas un día, si es que ésa era la única salvación. Pero es que no se venden, se quedan.

—¿Y para qué las compran los que las compran y los que las ven? —preguntó la amiga de doña María.

—Pues para hacer negocio los unos, y pasarlo bien los otros —contestó la muchacha—. ¡Así es!

Y entonces las dos amigas se miraron y se tornaron un poco pensativas; pero doña María no parecía convencida del todo con estas explicaciones, y preguntó a su vez:

—¿Y por qué la ley lo permite?

La muchacha contestó que ella no podía saberlo, pero que esto de la libertad era así, y que en otra emisión de *Reality Show*, la madre que fue allí a contar cómo la habían violado y machacado la cabeza a su hija de dieciséis años, luego, cuando volvió a casa, después de contarle en la televisión, y de desmayarse allí, que hubo que suspender la emisión metiendo un anuncio quitamanchas, se fue directamente al cuarto de estar, desenchufó el televisor, lo tiró por la ventana, y luego se tiró ella misma. Y que hubo no pocas llamadas a la televisión de los vecinos de esta pobre mujer, o de los

que pasaban por la calle cuando se tiró, para que hicieran una emisión con esa historia, pero, a los de la televisión, ya no les pareció bien, porque ya no les convenía esta historia, y no se hizo. Ni los periódicos dieron siquiera la noticia.

Cayó un silencio, entonces, entre ellas, como si fuera el techo del supermercadillo que se hubiera derrumbado sobre ellas, y ellas no supiesen si estaban vivas o muertas, o como si se sintiesen aprisionadas por una red como un pobre animal, y no acertaran a desembarazarse de ella. Y, aunque la muchacha trató de animarlas, a ellas, aun sonriendo como podían, las costaba seguir hablando; y doña María dijo luego que había estado en un tris de preguntar a la muchacha, en ese momento, qué haría ella si la mandasen un día, en la televisión, hacer un *Chou* de esos. Pero que luego se alegró de que no la diera tiempo, porque se acercó un empleado del supermercadillo, y las dijo que seguro que las alegraría saber que habían llegado espárragos trigueros de la primera cosecha, y berros frescos. Nada de conservas.

—¡Bendito sea Dios que todavía, y después de todo lo que pasa, hay berros y espárragos trigueros, Luisa! —dijo doña María.

—¡Y que cada día están ustedes más jóvenes y más guapas! ¡Las tres! —dijo el empleado.

Y ellas se ruborizaron un poco. Las tres. Y el empleado añadió todavía, dirigiéndose a la muchacha joven:

—Ya las veo yo brujuleando por aquí todos los días a estas dos señoras, como si estuvieran jugando a las casi-

tas, llenas de alegría. Me pone de buen humor a mí el sólo verlas, pese a lo que yo tengo encima.

—Pues ¿qué le pasa, joven? —preguntó Luisa, la amiga de doña María.

Pero él sonrió, aunque con un poco de pesadumbre que le velaba los ojos, y la contestó diciendo que le siguiesen, que las iba a enseñar los espárragos trigueros y los berros, y luego le dirían, cuando vieran su hermosura.

De manera que se fueron andando los cuatro muy deprisa hacia el depósito de recepción de las mercancías, que estaba allí al fondo del supermercadillo, y era un lugar muy fresquito.

La tertulia

La tertulia

Como ya casi no se vendía nada de lo que tenía en la tiendecilla, tendría que cerrarla, y sabía Dios cómo se arreglaría para subsistir con lo que le dieran de pensión como autónomo, que ya estaba clara la miseria de lo que les quedaba a los autónomos. Y éste era otro misterio, porque en la política todo el mundo quería ser autónomo, porque debía ganarse más, pero era al revés para los que trabajaban. No había quien entendiera las cosas.

—No, no se entiende nada, sino que nosotros vamos al pozo —comentaron la señora Remedios y el señor Teodoro.

Cada día iban ellos a sentarse allí, en la tienda del señor Ambrosio, de ordinario por la tarde, pero también a cualquiera hora, cuando el ansión de hablar y los malos pensamientos se agolpaban en ellos, y decía cada uno que no había nada mejor que una charleta, y la tiendecilla del señor Ambrosio era el lugar más a propósito, porque además éste no tenía ni que abrir ni cerrar, porque

siempre estaba de guardia, y siempre les decía a los clientes, cuando al entrar allí preguntaban si le molestaban:

—¡Ojalá me molestasen porque esto estuviera lleno de gente! Pero está abierto en sesión continua, y poca gente viene a ver la película; hasta que ya no venga nadie.

Pero a lo primero de estas lamentaciones del señor Ambrosio sobre el porvenir, la señora Remedios argumentaba que por lo menos él había tenido unos buenos años, y algún dinero podía tener en reserva, pero ellos dos, el señor Teodoro y ella, ni eso. Ya podía ver él, el señor Ambrosio, de dónde la iban a venir a ella los dineros, que había sido una pobre lavandera, y luego asistenta por las casas del barrio, porque ya no la querían en el centro.

—Yo no me quejo —decía el señor Teodoro—. Yo sólo digo, ¿y adónde vamos? ¿De qué iba a quejarme?

Porque él, el señor Ambrosio, mal que bien, malo había de ser que no vendiera yogures o fruta, o hasta pan cuadrado que hasta un pobre de pedir de antes no lo querría porque está sin cocer, pero bien que se vendía ahora. Pero él, un *apañador* no tenía ya futuro, porque no sabía hacer otra cosa que arreglar cosas, y ya no quería nadie arreglar nada, sino que, si se estropeaba lo que fuera, se tiraba, y en paz. Y él había visto una vez paraguas, sombrillas, cazuelas, y sillas, que se podían haber arreglado, y hasta televisores que funcionaban, en los contenedores, y entonces se le había caído el alma a los pies. ¿Acaso se podían tratar así los enseres, que además muchas veces habían sido de los padres, y la señal tenían de sus manos? Se le añusgaba el corazón, cuando

lo veía. Y entonces el señor Ambrosio contestaba que también se le iba a él el alma, cuando veía aquellos anaqueles que habían estado siempre tan llenos, y en los que ahora bailaban cuatro latas de sardinas, bonito o espárragos, y cuatro sandalias o alpargatas, y tres tabletas de chocolate, y poco más, unas botellas de aceite, de vinagre y de lejía y dos cajas de polvos de lavar, donde estaban aquellos canteros de *Jabón Lagarto* que la señora Remedios, aquí presente, sabía de sobra que era el mejor jabón del mundo. Pero llegaba un cliente y pedía siempre lo que no tenía, y cuando preguntaba si lo iba a recibir ¿qué se veía obligado a decir? Pues que ya no lo mandaban. Y luego tenía que ponerse cada poco tiempo a revisar las fechas de caducidad de las latas, hasta apurar la víspera misma de caducar, que ya sabían ellos que entonces era cuando les proponía que hicieran una merienda-cena, y ellos traían el pan y la fruta o un flan de huevo, y gracias a ello se iba defendiendo. Porque la verdad también era que, si se le estropeaba algo, allí estaba el señor Teodoro para componerlo, y que la señora Remedios tenía la casa del señor Ambrosio como los chorros del oro, y atendida a su mujer, que no se levantaba de la cama, como en ninguna parte lo estaría.

—Sí, señora. Ya lo sé, y bien agradecido que estoy. ¡Que ni en cuidados intensivos!, me dijo un día el médico.

Otro día, meses atrás, habían tenido la idea de poner un anuncio en el periódico, pero los anuncios tenían su precio, y entonces tuvieron que ponerle entre los tres, y tres días salteados. Decía el anuncio: *Los mejores pre-*

cios en ultramarinos, comestibles, polvos de lavar y sandalias. Se arregla todo lo que esté roto. Se lava, se plancha y se zurce, en veinticuatro horas. Pregunten en la tienda de Ambrosio Gómez. Pero como si no lo hubieran puesto, o nadie lo hubiese leído, o no se lo creyesen lo que allí se anunciaba. Y no sabían si lo pondrían otra vez; pero, si lo ponían, tenían que decir en el anuncio que la gente pidiera vez por teléfono, porque había mucha demanda.

—¡Je, je, je! —se rió el señor Teodoro.

Y la señora Remedios también soltó una risita, pero el señor Ambrosio dijo muy serio:

—Es que ahora se dice así. Y también lo dicen los políticos, cuando dicen lo de la *demanda social* o que hay mucha gente que les ha pedido esto y lo otro. ¿Ustedes han pedido algo alguna vez a un político?

—¡Jesús! Arrenuncio Satanás —dijo la señora Remedios—. ¡Allí a tirar del faldón de la camisa íbamos a ir nosotros!

—¡Je, je, je! —volvió a reír el señor Teodoro.

—Es que, cuando el mundo moderno llega —continuó diciendo aquélla— al que le pilla debajo le parte en dos, ¡y ya está! No le salva nadie. Nos quitan los sitios y nos tenemos que desplazar. Y siempre ha sido así, creo yo.

—Sí, señora. Siempre ha sido así.

Y el señor Teodoro contó, a seguido, que sin ir más allá, su abuelo también había sido apañador, y de los mejores, porque, cuando iba pregonando por la calle: *¡El apañador! ¡Se arreglan sombrillas y paraguas!*, se abrían balco-

nes y ventanas y salían allí las mujeres con paraguas y sombrillas en las manos, que parecía que iba a haber un diluvio o un sol de justicia, aunque estuviese helando. Pero nadie sabía que había tenido que refugiarse en ser apañador, porque su oficio primero había sido el de veredero, que llevaba recados de la capital a los pueblos y viceversa, pero había llegado el teléfono, y corría más la voz que los correos y verederos, y también tuvo que cambiar de apañador a leñador, y a afilador a lo último de su vida, y luego ya a nada.

—¡Lo que son los tiempos! —concluyó.

—¡Y que no perdonan a nadie! Pero éstos de ahora menos, porque son muy adelantados y de mucho reconcomio —prosiguió diciendo la señora Remedios.

Que se fijasen, por ejemplo, en don Ignacio mismo, que ahora vivía aquí todo el año. Ahora era ella, la señora Remedios la que asistía también a la casa ¿y qué querían que les dijese? Pues estrecheces de dineros era lo que ella veía, y ¡cuidado que don Ignacio había sido una torre alta!

—Millones parecía que tenía que ganar este hombre con los libros que ha escrito. Y millones tienen que valer los que tiene en su casa —dijo el señor Ambrosio.

—Yo eso no lo sé —contestó la señora Remedios.

Lo que sabía la señora Remedios por conversaciones que había oído, y por las que había tenido con la señora, don Ignacio del Río había escrito muchas historias antiguas de sucesos que a poca gente la interesaban y, en vez de ganar dinero, lo que hacía era gastarlo en

publicar esos libros, y también escribía novelas de amor que no sabía ella cómo serían, pero que un día un señor de Madrid la estaba diciendo a la señora que si no podía sacarle de la cabeza a don Ignacio que esas historias de amor que escribía ya no interesaban a nadie, porque no tenían carnaza.

—Tal y como en el cocido, ya ven ustedes. Y no sé lo que querría decir, aunque me figuro que sería que escribiese diciendo las cosas de la fulanas que vemos en la tele. Pero estoy segura de que eso de la carnaza fue lo que dijo.

Y que él, el de Madrid, ya se lo había advertido, pero que su marido don Ignacio no quería dar su brazo a torcer, y no lo debió de dar, porque de los libros iba tirando, aunque no de los suyos, sino de los que tenía allí en casa e iba llevando poco a poco a vender, y siempre venía triste de haberse separado de ellos.

—Y por cuatro perras —volvía diciendo siempre por la escalera hasta que entraba en casa.

Y que no quería decir más, sino que hasta la daba a ella una comezón o algo así cuando la señora la pagaba el mes, porque de la boca se lo quitarían, que muchos días cuando ella llegaba a casa decía la señora que ya había fregado ella. Así que si decía lo que había dicho lo decía porque quién iba a decir que los tiempos también eran como eran para los libros y, ahora, según decían, ya no los leía nadie, y los compraban para guardarlos o quién sabía para qué.

—¡Pues todo el santo día de Dios se llevan diciendo en la tele que hay que leer! —terció el señor Ambrosio.

—Por algo será, señor Ambrosio; pero eso no nos lo van a decir a nosotros —dijo la señora Remedios.

—¿Y no se lo imaginan ustedes? —preguntó el señor Teodoro—. Nos quieren entretener como a los chicos pequeños.

Pero entonces la señora Remedios, que comenzó a sonreírse y parecía que iba a contestar, se levantó de la silla que estaba por la parte de fuera del mostrador enfrente de la butaca de paja del señor Ambrosio, por la parte de dentro, y dijo:

—¿No oye usted, señor Ambrosio? Está llamando su mujer. Voy a ver lo que quiere. Pero, si me pregunta ¿qué le digo? ¿Que ya ha pedido usted el género extraordinario para estas fiestas navideñas, y va a traer también tebeos para los chicos?

Edición no venal

© José Jiménez Lozano, 2006

Edita: Anthropos Editorial
(Nariño, S.L.), Rubí (Barcelona)

Tel.: 93 697 22 96 / Fax: 93 587 26 61

www.anthropos-editorial.com

Depósito legal: B. 24.742-2006

Impresión: Zero pre impresión.

San Fructuoso, 76, local 1.º Barcelona

Impreso en España - *Printed in Spain*